

TEATRO / 'La Kabra y Miss Yoe's'

Mareo saludable

La Kabra y Miss Yoe's

De Otergalde y Andreu Martín. Intérprete: Karra Elejalde. Espacio escénico y vestuario: Julio Torrecilla. Iluminación: Felipe Ramos, Joan Sabaté. Sonido: Xisco Rebollo. Dirección: José Antonio Ortega. Teatro Villarroel. Barcelona, 20 de febrero.

BEGOÑA BARRENA

No es un monólogo basado en un chiste tras otro al estilo *El club de la comedia*. De hecho, ni siquiera parece un monólogo, aunque Karra Elejalde sea el único intérprete de esta "enloquecida odisea transatlántica", que es como se nos define *La Kabra y Miss Yoe's* en la carpeta de prensa. Los personajes en los que continuamente se desdobra Elejalde, sus yoes, por lo visto, son tantos y tan variopintos que el espectador tiene la sensación de estar asistiendo a una representación coral de una pieza costumbrista a bordo de un crucero vacacional. O mejor dicho, a los ensayos de esa representación, porque aparte de encarnar a varios personajes (el capitán, su hija, el médico, el armador, su mujer, varias parejas, el presentador del *show* en la sala de fiestas, el psicólogo que le aconseja embarcarse) Elejalde entra y sale de la ficción para meterlos en otra que la supera.

La Kabra hace lo que le da la gana, en el sentido de domi-



Karra Elejalde.

nio absoluto del escenario y del público. Si éste cerrara los ojos y afinara los oídos, podría fácilmente imaginarse varios escenarios, desde el tumultuoso puerto en el que empieza la mencionada odisea hasta la iglesia, con eco y todo, que recoge las palabras de un tal padre Evelio, pasando por la discoteca del transatlántico o su cubierta o sus camarotes, siempre de la mano de la voz narradora, que, como la de los personajes, no es otra que la del propio Elejalde. Todo ello a un ritmo vertiginoso, como si estuviéramos ante una película de

la escuela Dogma que, cámara al hombro y con sonido directo, recogiera en forma de documental realista los diversos submundos que se dan a bordo del buque transatlántico.

El *ello* es difícil de resumir. Porque lo que parece una excusa o pequeña dramaturgia para empezar a narrar una serie de historias que nos conducirían a un monólogo más convencional (la supuesta terapia con la que el actor contador de cuentos pretende reinsertarse en la sociedad y en el teatro) se convierte en parte de las mismas. De estructura laberíntica, los textos de Otergalde y Andreu Martín esconden sorpresas y algún que otro susto. Elejalde nos mete a todos en el mismo barco y lo mismo consigue que sintamos el embate de las olas como de repente se enfada por seguirle la corriente y nos corta la sonrisa de cuajo. Y como es de los que pueden dar un poco de miedo, lo mejor es dejarse llevar por su vaivén. Puede que el espectador se sienta un poco mareado, por la manipulación a la que es sometido. Puede que se despiste en más de una ocasión y no sepa muy bien si en el barco hay una capilla o un quirófano, o si se halla en la cabina de mando junto al capitán o en la bodega. Da lo mismo, porque el mareo es de los más saludables, de los que arrojan carcajadas.